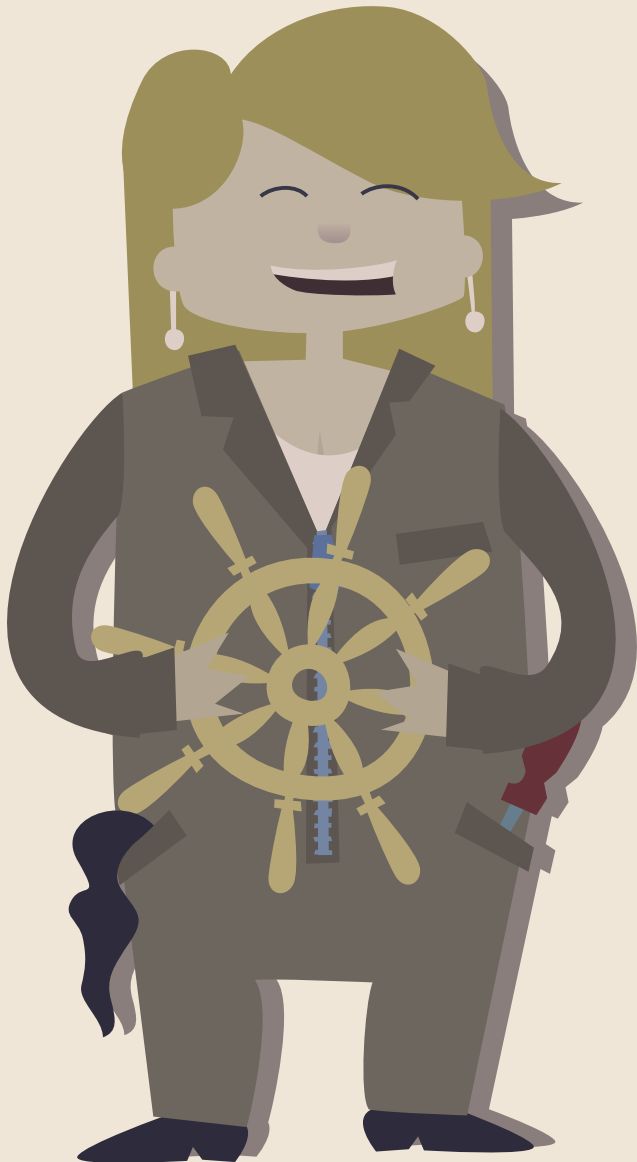


Control del aula





Enseñar un buen clima de convivencia en el aula es la forma de trasladar al aprendiz una serie de estrategias que le permitirán adoptar roles adultos basados en el respeto a la diversidad y en la responsabilidad social.

El aula conforma por sí misma una **microsociedad** y es por ello por lo que ofrece la gran oportunidad de enseñar y practicar las bases de un buen clima de convivencia, entendiendo los **conflictos** como **parte inherente de esa convivencia**, inseparables. Lo que intentaremos trasladar son formas de afrontarlos de forma pacífica, para lo que es necesario **dejar de verlos como problemas y comenzar a tratarlos como oportunidades de aprendizaje**.

Es difícil, por no decir imposible en algunos casos, poner en marcha procesos de enseñanza y aprendizaje formales en un clima de convivencia tóxico, en el que las interrupciones son constantes. En algunos casos deberemos mostrarnos **autoritarios**, cuando se deba proteger la integridad física o psicológica de otro alumno; en otros casos deberemos ser **permisivos**, para que el alumno disruptivo no consiga nuestra atención; y en otras será mejor ser **democráticos**, cuando el conflicto se deba a posiciones contrapuestas sobre un tema concreto. **Nuestra respuesta** debe ser **adaptada** a la situación y al aprendiz en cuestión y debe ser entendida por los demás como **justa**. Si, parece contradictorio y complicado, sobre todo porque cuando se enciende un fuego, otros suelen acompañarlo y debemos

mostrarnos como docentes competentes en todo momento.

Desde nuestra metáfora de la construcción del edificio, se entiende la complejidad de esta labor: todos los aprendices deben estar dispuestos a recoger ese material y ponerse a trabajar, esa es su tarea y no todos siempre están dispuestos, y cada uno tiene sus motivos. A veces se crean conflictos porque unos boicotean el trabajo de otros; otras veces, sin embargo, uno se baja de su edificio y va al de enfrente a socorrer a un compañero/a que no sabe cómo afrontar esa tarea.

Utilizando esta metáfora entendemos por qué en algunos momentos puede parecer necesario utilizar el proceso de enseñanza y aprendizaje tradicional, en el que cada uno sólo se ocupa de su propio edificio, está prohibido visitar otros, con esto se previene la disruptividad, quien baje de su edificio, sale de la obra, pero... esto priva a los alumnos de la gran oportunidad de aprender unos de otros y de poner a prueba sus conocimientos, a la vez que perdemos como educadores la oportunidad de prepararles para la vida en sociedad.

Promover el clima idóneo para los procesos de enseñanza y aprendizaje es permitir y animar que los alumnos cooperen en su aprendizaje, que se apoyen y que aprendan a interpretar sus propias limitaciones y las de los demás como una parte más del proceso.



Establecer una serie de **normas de convivencia en el aula**, consensuadas con el alumnado, en las que se especifiquen las **consecuencias** de incumplirlas.

Dejar **que actúen las consecuencias** consensuadas si se incumple alguna norma.

Operativizar el comportamiento: pensar en lo que ocurre justo antes, describir el contexto en el que se produce el comportamiento, decir qué ocurre después de que se comporte de ese modo y preguntarnos: ¿obtiene algún beneficio con ese comportamiento?, ¿evita algo que para él/ella era desagradable?.

Entender que las consecuencias no siempre son premios o son castigos, **depende de las personas que las interpretan**. Para un alumno/a, irse de clase, por ejemplo, puede ser un premio; para otra, decir públicamente que ha sacado un 10 en un examen puede ser un castigo.

La **atención** debe ser entendida como el **mayor reforzador**, pero retirarla no es fácil, sobre todo en el contexto aula, en el que otros alumnos/as pueden premiar el mal comportamiento de un compañero/a. No prestar atención es la mejor opción si existe un buen clima de convivencia, en el que nadie atiende ese comportamiento.

Si el comportamiento trae algún daño material o a otra persona, debemos **pedirle que corrija ese daño** antes de poder continuar con cualquier tarea.

Cuando el alumno/a sabe que lo que hace está mal y ya se le ha llamado al orden en varias ocasiones, volver a repetirlo no hará que aprenda, más bien **nuestra riña actuará como reforzador de ese comportamiento**. La llamada de atención sólo sirve cuando el alumno/a no sabe que lo que está haciendo no se permite, para los demás casos no sirve más que como forma de exteriorizar nuestras propias emociones.



Promover en el aula un **estilo de liderazgo positivo**, poniendo en valor las actitudes de apoyo y ayuda a los demás.

Promover el **respeto y el valor de la diversidad**.

Ofrecer **modelos de éxito social cercanos a la totalidad del alumnado** (hombres, mujeres, de diferentes etnias, creencias, clase social, con algún tipo de discapacidad...).

Entender que el alumno/a disruptivo hace, en definitiva, lo que se espera de él. **Cambiar nuestras expectativas** con este alumnado es una de las formas de poner fin a su disruptividad, enseñándoles cómo decir lo que piensan de forma asertiva, de tal modo que no dejen de defender sus opiniones, pero respetando las de los demás.

Ofrecer oportunidades para la ayuda entre iguales, aprovechando uno de los recursos más valiosos que tenemos (el propio alumnado), es una forma de hacerles más competentes, de atender a la diversidad y de promover un buen clima de convivencia en el aula.

El **conocimiento de las diferentes culturas** es un paso necesario para promover actitudes de respeto y de valor por ellas. Ofrecer a los alumnos/as pertenecientes a culturas minoritarias la oportunidad de defender sus valores culturales es una forma de promover su inclusión en el centro educativo.

Ser competentes, tanto a nivel académico como emocional, son las características comunes de lo que los alumnos identifican como “buen profesor/a”. Ambas competencias se relacionan con nuestra propia capacidad de aprender y de evaluar los procesos que ponemos en marcha en el aula y, como en todo proceso, ocurren errores. No es el número de errores cometidos lo que nos convierte en buenos profesionales, sino la forma que tengamos de afrontarlos. Reconocer el error y pedir disculpas, si es necesario, es lo que convierte el error en una oportunidad nueva para aprender.